

ropa, los resentimientos subsistieron, y pasaron á las nuevas generaciones como un legado que la acción del tiempo ha podido adormecer apenas; mientras que los descendientes de los antiguos señores del país, recuerdan las hazañas de sus antepasados, con un legítimo orgullo que los consuela en las adversidades del presente. De aquí esa dualidad histórica, á que se refiere el Sr. Orozco y Berra.

Ahora bien ¿pudo nuestro historiador, no obstante sus temores, realizar el noble pensamiento que guiaba su pluma? En mi concepto sí. Hablando en términos generales, el mexicano actual reúne en feliz consorcio los elementos necesarios para salir airoso de tan ardua empresa. En él se sintetizan, por contradictorio que parezca, los sentimientos, las pasiones, los goces y las amarguras de conquistadores y conquistados. Ante la vista tiene el espectáculo permanente de los segundos; en ellos puede estudiar, y lo que es más, sentir las huellas indelebles de la conquista: ellos muestran, en medio de su miseria, aquella raza dulce, paciente, resignada, que inspiró el infinito amor con que la amaron un Las Casas, un Zumárraga, un Palafox y Mendoza. Ellos conservan la armoniosa lengua de sus abuelos, y mantienen el culto de sus antiguos mitos envueltos en el poético velo de las creencias cristianas. La simpatía que infunde su suerte desgraciada, realza el sentimiento de su grandeza desvanecida. Se admiran las hazañas de aquel pueblo azteca, guiado por guerreros de la talla de Ahuitzotl y de Motecuhzoma Ilhuicamina, y se siente pasmo y orgullo ante el valor desplegado por Cuitláhuac, en la célebre Noche triste, y ante el heroísmo con que Cuauhtemoc y los suyos defendieron palmo á palmo la ciudad santa de Huitzilopochtli. Más todavía: aquella civilización, que pudo producir monumentos, como los que contempla la mirada estupefacta del arqueólogo; que en el orden industrial había realizado verdaderas maravillas, deja atónito al filósofo con las altas concepciones de la moral contenida en los Huehuetlatolli, y con el majestuoso vuelo del águila de Texcoco, del rey poeta Netzahualcoyotl.

¿Cómo no deplorar que raza tan inteligente y tan valerosa fuera bruscamente detenida en su desenvolvimiento histórico por la férrea mano del conquistador, despojándola de todo lo que constituía la vida del cuerpo y del espíritu para someterla á un pesado yugo que sofocaría enteramente sus aspiraciones y tendencias? . . . Pero el tiempo ha pasado; la metamorfosis ha sido completa; la civilización trasplantada de allende los mares ha echado raíces profundísimas: respiramos una

atmósfera de ideas que nos ponen en contacto con las naciones más avanzadas de la tierra, y hablamos una lengua que nos permite familiarizarnos con las más encumbradas producciones del genio humano. A la anarquía que ensangrentaba nuestro suelo por la lucha constante de tribus hostiles, ha sucedido una nación compacta, que colabora en la obra gigantesca de nuestro siglo; y nosotros formamos parte de esa nación; y no nos es posible echar en olvido los robustos brazos que zanjaron sus cimientos, ni sustraernos á la admiración que impone el prestigio de que se presentan rodeados los autores de la obra más estupenda que registran los anales del mundo. . . . En resumen, señores; el mexicano es el único que posee la clave de nuestra historia; porque lleva en su alma los gérmenes que informan la sociedad en que vive; porque nadie como él puede penetrar en las ideas y sentimientos de conquistados y conquistadores, ni dar á los hechos su genuina significación, ni presentarlos en consecuencia con su verdadero colorido.

Pero si esto es cierto en el orden especulativo, gravísimas son las dificultades con que se tropieza en el terreno de la práctica. No á todos es dado poner paz entre los elementos opuestos que combaten en su espíritu, ni guardar el equilibrio que aconseja una razón exenta de preocupaciones, ni mantener igual la balanza para pesar con serenidad filosófica los méritos y deméritos de los diversos agentes que se mueven en la escena, y que exigen el ser copiados é interpretados con inspiración de artista.

Pues bien, Orozco y Berra ha realizado este ideal, que le coloca en una región aparte y superior sobre los que antes de él emprendieron narrar nuestra antigua historia. Él ama al indio con cariño entrañable, se extasia ante el espectáculo de sus pasadas glorias: provisto de todas las armas que le proporciona la crítica moderna, busca, escudriña, rastrea con el entusiasmo de una alma apasionada, cuanto puede poner de relieve aquella civilización misteriosa y extraordinaria, que ofrece un conjunto de pasmosa originalidad. Pero Orozco y Berra vive en el siglo XIX, siente hondamente sus aspiraciones, alienta sus esperanzas, vive con la fe que anima ese movimiento, y á la vez que comparte su admiración entre el azteca y el castellano que se disputan con igual bizarría la codiciada presa, riega con las lágrimas del vencido los laureles del vencedor; y vuelve su mirada, húmeda de emoción y de ternura al pobre misionero, que abriga y protege bajo su tosco manto,

á la prole infeliz, en cuya alma deposita las semillas de la libertad y del progreso.

El conocimiento que tenéis de esa Historia hace innecesario de señalar las pruebas que apoyan mi aserto; sin embargo, hay un punto que resume todo el pensamiento del autor, y que no debo por lo mismo pasar en silencio, tanto más cuanto que forma el tema de frecuentes y enojosos debates, en que á menudo toman las pasiones el lugar reservado sólo á la razón. Al dar la última pincelada en el vasto cuadro que comprende su obra; después de poner ante los ojos del lector todos los datos para que pueda formar cabal idea acerca de los sucesos que ha referido, formula el Sr. Orozco y Berra esta grave cuestión: "El inmenso cúmulo de desdichas sufridas por los pueblos de América ¿trajo algún provecho para la civilización?" Y colocándose á la altura que el asunto requiere; echando una ojeada sobre los resultados efectivos de aquel acontecimiento memorable, se apresura á contestar afirmativamente. Desde luego, el descubrimiento de la América duplicó el mundo, fundiendo en una sola turquesa las dos grandes fracciones en que se hallaba dividida la humanidad, y obligándola á seguir el mismo camino hacia la perfección indefinida. La irrupción de los pueblos del Norte, que ocasionó el desmembramiento y caída del Imperio Romano, dió origen á las poderosas naciones modernas; la invasión europea en América, puso término al caos que reinaba entre la multitud de pueblos, muchos de ellos en estado salvaje, haciendo que brotasen las naciones del Nuevo Mundo. "La religión es un principio civilizador por excelencia. La moral azteca bien merecía la calificación de adelantada y buena: mas iba hermanada con negras supersticiones..... El culto era verdaderamente horrendo; pedía sangre continuamente derramada... cualquiera de las religiones en que se suprime tal barbarie, es más humana y aceptable que ésta. Borrarla de la faz de la tierra fué un inmenso beneficio; sustituirla con el cristianismo, fué avanzar una inmensa distancia en el camino de la civilización." No ha faltado quien haya supuesto "que el catolicismo unido con la Inquisición, equivalía al culto azteca;" pero sin tener en cuenta que los indígenas estuvieron exentos de la jurisdicción del Santo Oficio, lo falso de aquella aserción salta á la vista, al considerar que "la Inquisición fué un accesorio pedagógico y extraño al catolicismo," mientras que "la víctima humana constituía la esencia del ritual azteca." En otro orden de ideas, la sustitución de la escritura alfabética á la jeroglífica; el conocimiento de

la aplicación del hierro á la industria; la introducción de animales útiles aquí desconocidos; de plantas altamente benéficas para la alimentación y los usos fabriles; en suma, todos los elementos que constituyen la base de una civilización avanzada, sugieren á Orozco y Berra esta observación con la cual concluye su obra monumental: "La conquista trajo bienes para el adelanto progresivo de la humanidad."

Al ver la extensión y diversidad de materias que abarcan los numerosos trabajos de aquel ilustre escritor; el inmenso caudal de erudición que en ellos campea, ocurre preguntar, cuáles fueron las fuentes en que pudo beber con tanto acierto, á la vez que surge la suposición de que exigiendo esta clase de estudios un ánimo perfectamente tranquilo, debió disfrutar de posición bastante desahogada, que le pusiese á salvo de esos cuidados con que tiene que bregar diariamente el hombre que carece de bienes de fortuna, para atender á las más urgentes necesidades de la vida. Respecto de lo primero, él mismo nos indica con la gratitud que rebosaba de su alma generosa, la franqueza laudable, con que distinguidos literatos cuya amistad cultivaba, le facilitaron multitud de datos y documentos preciosísimos, que supo aprovechar en sus largas vigiliias. En cuanto á lo segundo..... ¡Ah! señores, el corazón se oprime al pensar que aquel hombre tan bueno, tan inteligente, tan laborioso, vivió casi siempre bajo el peso de la amargura á que el destino condena á sus desheredados. Él mismo, en un arranque de dolorosa expansión, dice, refiriéndose á la *Geografía de las lenguas*, y á su separación del Ministerio después del año de 1857: "En los días amargos que sobrevinieron, tomé por remedio contra las tediosas horas que tenía que atravesar, hice un recurso para ahogar los penosos sentimientos de que era presa, el rehacer mi trabajo, y estudiar asiduamente para completarlo. De continuo estaba reducido á una triste alternativa: si tenía pan no tenía tiempo; si sobraba el tiempo carecía de pan. Luchando contra esta terrible contradicción: bregando contra mis sentimientos íntimos por la muerte de mis hijas, proseguí, sin embargo, la tarea que me había impuesto, con la tenacidad febril de la desesperación."

Tristísimas reflexiones suscitan esas palabras, cuando vemos en ellas la expresión de una verdad que todos palpamos; porque concretan la situación que en México guarda el pensador, que sin recursos propios, consagra su existencia á dar lustre á la patria en el exterior; á coadyuvar eficazmente en la obra colectiva del mejoramiento social. Oroz-

co y Berra pertenece al número de esos obreros infatigables, para quienes el dolor y la miseria son agujones que estimulan en el cumplimiento de los altos deberes que se han impuesto, lejos de sucumbir al rigor de una carga que doblega sus hombros. Su nombre figura en el extenso martirologio de esas víctimas de la ciencia, cuya gloria mal encubre las lágrimas derramadas en el silencio de un hogar donde no habita la abundancia.

Sin esperanza de sacar algún fruto de su grande obra, ni aun siquiera de satisfacer el deseo de darla á la estampa, seguía, y seguía sin descanso por el camino que con tan heroica decisión había emprendido. Pero llegó un día en que el Gobierno fijara su atención en el sabio que se había encerrado en un completo retraimiento, y le ofreciese los medios para que se imprimiese el libro, que tanta luz vendría á derramar sobre nuestra historia. Imposible sería pintar el júbilo que llenó su alma, al ver que iba á realizarse el sueño más bello de su vida; júbilo que se desborda en elocuentes efusiones de gratitud hacia todas las personas que de algún modo contribuyeron á suceso tan plausible para las letras mexicanas. La impresión comenzó; se concluyó el primer tomo; pero..... las fuerzas del atleta estaban agotadas; el implacable destino no permitió que disfrutase la satisfacción inocente de ver terminada la edición, y como una luz que se extingue por falta de pábulo, se entregó en los brazos de la muerte con esa dulce tranquilidad que acompaña los últimos momentos del hombre justo.

Este doloroso acontecimiento, que consternó á la República entera, y especialmente á los que habíamos conocido de cerca el tesoro de virtudes de que estaba adornado aquel sabio, que si mucho valía por su inteligencia, más valía tal vez por su corazón; este acontecimiento, repito, vino á sorprenderle en plena actividad, pues no obstante lo delicado de su salud, no dió tregua un solo día á su ocupación favorita, única, que con los placeres de la familia, formaba el encanto de su modesta vida. No satisfecho con haber dado cima á la *Historia antigua y de la conquista de México*, había emprendido rehacer la historia de la dominación española, en que trabajó años antes, y de seguro habría sido digna continuación de la primera, á juzgar por la considerable extensión dada á los pocos años que comprende lo que dejó escrito. Este y otros trabajos inéditos que de él quedaron, reclaman la publicación; porque nada hay que desperdiciar en las producciones de escritores como Orosco y Berra, pues aun en sus más insignificantes opús-

culos se encuentra siempre algún pensamiento nuevo, alguna idea feliz de que poder sacar positivo provecho.

Mi estudio sería incompleto, si no añadiera algunas palabras acerca del carácter de nuestro insigne historiador. Las dotes que como hombre privado poseía, le hacían amar de cuantos le rodeaban, pues en él veían el acabado modelo del esposo, del padre y del amigo. De una conducta irreprochable, de una honradez nunca desmentida, no conoció más norma que la del deber, ni escuchó más consejo que el de su recta conciencia. Con un espíritu liberal y expansivo, hallábase dispuesto á hacer partícipe de su saber á todo el que lo solicitaba; á tomar parte de la manera más desinteresada, en toda obra que tuviera por objeto la difusión de conocimientos útiles. La rectitud de sus ideas, el gran valor que daba al conocimiento de la verdad, la honda convicción de lo fácil que es á la razón el extraviarse, exageraban la desconfianza en sus fuerzas, y lejos de interesar el amor propio en la defensa de determinadas opiniones, buscaba siempre el consejo de los demás, aun cuando no todos poseyesen las cualidades bastantes para rectificar ó ilustrar su criterio.

Nunca consideró sus trabajos como definitivamente terminados, pues ninguno satisfacía el ideal de perfección que llevaba en su mente. Después de haber meditado tanto en su grande obra; después de haber apurado por decirlo así el asunto, dudaba todavía, y consultaba á las personas que le inspiraban confianza, para que le señalasen las faltas que hubiese cometido. "A medida que los pliegos eran tirados, dice en la introducción, he repartido unos pocos á ciertos amigos míos, entre otros objetos para que me dieran de nuevo su opinión, que ya les tenía pedida, y me indicasen los errores en que incurriera, para subsanarlos en la mejor forma posible y en su oportunidad." Y más adelante termina con estas palabras que cifran su mayor elogio: "Sin falsa modestia, me preocupa seriamente, tengo miedo del juicio que el lector sensato forme de la obra. Sé que el hombre, aun el mejor dotado por la Providencia, es trunco é imperfecto, y sujeto por lo mismo al error; los más acabados productos del ingenio presentan lunares y defectos; no siempre atina el juicio á encontrar la verdad, aun cuando lo intente con ánimo recto. ¿Qué será de mí, entregado á mis propias fuerzas, más imperfecto y trunco que los demás? Buena fé, estudio y trabajo me reconocerá el lector, y si el libro no es bueno, lo perdonará siquiera en amor de la recta intención."

Al concluir, señores; veo con sentimiento que mi desaliñado discurso está muy distante de corresponder á la importancia de su objeto. Y esto es natural: para trazar, siquiera sea á grandes rasgos la figura moral y literaria de Orozco y Berra, necesitase de una mano más vigorosa y de una pluma menos cansada que la mía. Tratábase, empero, de obsequiar la designación de una Sociedad respetabilísima; de rendir homenaje á la memoria de un hombre, á quien amé como á amigo y veneré como á sabio, y no podía rehusarme á hacer oír mi débil voz en este recinto que guarda los ecos de aquella palabra autorizada, que tantas veces resonó en discusiones de la mayor importancia. Séame lícito por lo mismo, el dar las gracias á la Sociedad de Geografía y Estadística por la distinción con que me honró para que la representase en la tribuna, esta noche que tantos y tan gratos recuerdos despierta en los que amamos con amor acendrado las glorias de la patria, terminar imitando las palabras de nuestro inmortal historiador antes citadas: buena fé, estudio y trabajo me recomiendan á la indulgencia de mi auditorio; pues si el discurso no es bueno, lo perdonará siquiera en gracia del amor y de la recta intención con que ha sido escrito.

PROLOGO

DE LOS VERSOS DEL SR. LIC. ANTONIO CISNEROS CAMARA.

La aparición de un nuevo libro de versos tiene grande y verdadera importancia en la vida de una sociedad. El escéptico y el pesimista lo negarán tal vez. Pero si todos los días nacen en los jardines y se marchitan rosas, y es sin embargo la aparición de una nueva flor, nueva gala del vergel ¿por qué no otorgar el mismo privilegio á las flores del entendimiento, que son también las de la civilización?

La experiencia, el análisis, la rígida verdad científica podrán agostar y reducir á polvo en su flama incandescente, muchos sueños de la fantasía virgen, innumerables quimeras de la adolescencia popular; mas no lograrán secar ni consumir nunca la recóndita fuente de que mana

la inspiración poética como de un venero misterioso y divino. La poesía no morirá aunque el arte cambie y se modifique en sus arreos, al impulso y compás de los progresos científicos. La poesía, vaga, indefinida aspiración del sér moral, es el postrer refugio de la espiritualidad humana, el santuario íntimo, tuberoso y místico, en que arde inextinguible la llama de la fe y del sentimiento. El ideal es el alma del mundo, — dice Renan, — Dios permanente, causa primordial, efectiva, última, de este universo; y el lenguaje de la poesía y la elocuencia, — me atrevo á añadir yo, — el idioma con que habla ese ideal á los mortales. La poesía, de consiguiente, es una religión, un culto; su estilo es parabólico, rico en imágenes y figuras, símbolos y protoplasmas; sus intérpretes tienen misión celestial, como todo lo que canta, vuela ó perfuma en la tierra, y el pueblo los escucha y reverencia cual si le hablasen en nombre y con poderes de un señor absoluto de las conciencias y los corazones.

Gustavo Bécquer, con una idea menos elevada de la poesía, pone y exige por última condición para su existencia, la de que exista una mujer hermosa: esta mujer hermosa puede ser sin duda, á veces María (personificación mística), á veces Beatriz [personificación metafísica], á veces una simple amiga predilecta é inmortal del vate, quizás en ocasiones la libertad, la patria, la familia humana, ú otras, la religión, la ciencia, la naturaleza, pero siempre la musa es la mujer, como el verbo es el hombre.

Descendiendo de la esfera especulativa, la poesía común y corriente en el mercado literario, hay que convenir en que tiene mucho de convencional y estipulado. El poeta nos habla con énfasis de los mitos de todas las teogonías, y al conjuro de su voz sibilina y mágica, toman cuerpo los dioses y los genios, las hadas y las sílfides, Júpiter y Buda, la Virgen y Venus, junto con Brahma y Tezcatlipoca, Xóchiitl y Eurídice, el hórrido Osiris y el fiero Belial. El poeta departe con las estrellas, con los árboles, con las ondas y las nubes, con las generaciones presentes, pasadas y futuras: increpa á Satanás, puebla de séres vivos las ruinas augustas de Nínive y Palmira, reduce á escombros las más florecientes metrópolis, augura lo porvenir, mezcla ángeles y demonios, solloza, ríe, grita, blasfema, óra, se yergue y se prosterna, todo merced al lenguaje excepcional y sublime de que se vale y al pacto tácito entre su imaginación creadora y el eximio y discretísimo sentido popular.